

# DESAPARICIÓN

Richard Matheson

---

Estas notas fueron extraídas de un cuaderno escolar hallado hace dos semanas en un bar de Brooklyn. Junto a él, en el mostrador, había una taza de café a medio terminar. El propietario del local afirmó que no había tenido ningún cliente en las tres horas previas al momento en que reparó en ese cuaderno.

*SÁBADO por la mañana temprano:*

No debería estar escribiendo esto. ¿Qué pasará si Mary lo encuentra? Sería el fin, es decir, cinco años arrojados por la ventana.

Pero debo escribirlo. Hace demasiado tiempo que escribo. No hay paz para mí a menos que vuelque las cosas en el papel. Tengo que dejarlas salir y simplificar mis ideas. Pero es muy difícil simplificar las cosas y muy fácil, en cambio, complicarlas.

Vuelvo a repasar las cosas, a lo largo de meses.

¿Cómo comenzó todo? En una discusión, por supuesto. Las hemos tenido a montones desde que nos casamos. Y siempre a raíz de lo mismo, eso es lo terrible.

El dinero.

—No se trata de que tenga o no fe en ti como escritor —dice Mary—. Se trata de las cuentas a pagar.

¿Vamos a pagarlas o no?

¿Y a qué se deben esas cuentas? ¿A cosas indispensables? No, a cosas que ni siquiera nos hacen falta.

—¡Que no nos hacen falta!

Y así seguimos. ¡Dios, es imposible vivir sin dinero! Nadie puede soportarlo. Es todo o nada. ¿Cómo podré escribir en paz con esa interminable preocupación por el dinero, el dinero, el dinero? El televisor, la nevera, la lavadora... y nada de todo eso está pagado aún.

Pero a pesar de todo eso, yo, el idiota con los ojos bien abiertos, sigo empeorando las cosas.

¿Por qué tuve que salir furioso del apartamento, aquella primera vez? Habíamos discutido, es cierto, pero no era la primera vez. Vanidad, eso es todo.

Después de siete años ¡siete años! dedicado a escribir, sólo he ganado con eso trescientos dieciséis dólares.

Y sigo trabajando durante cuatro horas por la noche en ese miserable empleo de dactilógrafo. Y Mary tiene que trabajar también en ese lugar, conmigo. Sabe Dios que tiene todo el derecho a dudar, a insistir en que yo tome ese empleo que Jim me ofrece siempre a jornada completa, en su revista.

Todo depende de mí. Si admito mi falta de capacidad y tomo la decisión correcta, todo estará solucionado. No hará falta trabajar por la noche, Mary podrá quedarse en casa como quiere, como debería hacerlo. La decisión correcta, es todo.

Eso significa que he estado siguiendo una línea de acción equivocada. Dios, eso me enferma.

Yo, saliendo con Mike. Los dos imbéciles, con ojos de carnero degollado, deslumbrados por Jean y Sally. Nos hemos pasado meses tratando de ignorar lo que era obvio: que éramos unos tontos. Nos perdimos en una nueva experiencia. Cumplimos a nuestra perfección nuestro papel de borricos.

Y anoche, los dos, hombres casados, fuimos con ellas a su apartamento del hotel y... ¿Es que no puedo decirlo? ¿Tengo miedo, soy débil? ¡Tonto!

Adúltero.

¿Cómo pueden enredarse tanto las cosas? Amo a Mary. Mucho. Y sin embargo, amándola como la amo, hice eso.

Y para complicarlo todo aún más, disfruté al hacerlo. Jean es dulce y comprensiva, apasionada, una especie de símbolo de las cosas perdidas. Fue maravilloso. No puedo negarlo.

¿Pero cómo puede ser maravilloso un error? ¿Cómo puede disfrutarse con la crueldad? Todo es perverso, enredado, confuso y enfurecedor.

*SÁBADO por la tarde:*

Me ha perdonado, gracias a Dios. No volveré a ver a Jean. Todo saldrá bien.

Esta mañana me levanté y me senté en la cama. Mary me despertó, me miró primero a mí, después al reloj. Había estado llorando.

—¿Dónde estuviste? —preguntó, con esa voz finita y añorada que emplea cuando tiene miedo.

—Con Mike —le dije—. Bebimos y charlamos toda la noche.

Sostuvo mi mirada durante un segundo más. Luego me tomó lentamente la mano y se la llevó a la mejilla.

—Lo siento —dijo, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Tuve que acercar la cabeza a la suya para que no me viera la cara.

—¡Oh, Mary! —dije—, yo también lo siento.

Jamás se lo diré. La quiero demasiado. No *puedo* perderla.

*SÁBADO por la noche:*

Esta tarde fuimos al Emporio del Mueble y compramos una cama nueva.

—No tenemos dinero, querido —dijo Mary.

—No importa —respondí—. Ya has visto, la vieja es muy incómoda. Quiero que mi nena duerma como es debido.

Ella me besó alegremente en la mejilla. Saltaba sobre la cama como un niño entusiasmado.

—¡Oh, qué blanda! —decía.

Todo está bien. Todo, con excepción del nuevo fajo de cuentas que ya ha llegado con la correspondencia de hoy. Todo, excepto mi último cuento, que no puedo empezar. Todo, excepto mi última novela, que ha sido rechazada cinco veces. La casa Burney *tiene* que aceptarla. La han retenido bastante tiempo. Cuento con eso. Las cosas están llegando al punto crítico con mi literatura. Con todo tengo la impresión, cada vez más acentuada, de que soy una cuerda demasiado tensa.

Bueno, Mary está satisfecha.

*DOMINGO por tarde:*

Más problemas. Otra discusión. Ni siquiera sé a qué se debió. Ella está malhumorada. Y yo reviento.

No puedo escribir cuando estoy alterado. Ella lo sabe.

Tengo ganas de llamar a Jean. Ella, al menos, se interesa por lo que escribo. Tengo ganas de mandarlo todo al demonio. De emborracharme, tirarme desde un puente, cualquier cosa. No me extraña que los bebés sean felices. Para ellos, la vida es muy simple: un poco de hambre, un poco de frío, cierto temor a la oscuridad. Es todo. ¿Para qué crecer? La vida se complica demasiado.

Mary acaba de llamarme para cenar. No tengo ganas de comer. Ni siquiera tengo ganas de quedarme en la casa. Quizá llame a Jean más tarde. Aunque sea para saludarla.

*LUNES por la mañana:*

¡Maldición, maldición, maldición!

No les bastó con retener el libro por más de tres meses.

¡No era bastante, no!; tuvieron que devolverlo todo salpicado de café y con una nota de rechazo impresa. ¡Podría matarlos! Me pregunto si saben lo que hacen.

Mary vio la nota.

—Bueno, ¿y ahora? —preguntó, disgustada.

—¿Ahora? —dije, tratando de no explotar.

—¿Vas a seguir escribiendo?

Exploté.

—¡Claro!, ¿quienes son ellos: la corte suprema, la última palabra? ¿Eso crees? —grité.

—Hace siete años que escribes —dijo—. No ha pasado nada.

—Y escribiré otros siete —dije—. ¡Y otros cien y otros mil!

—¿No aceptarás ese empleo en la oficina de Jim?

—No, no lo aceptaré.

—Dijiste que lo harías si fallaba el libro.

—Ya tengo un empleo —dije— y tú tienes el tuyo y así son las cosas, así quedarán.

—¡No seré yo quien se quede así! —saltó.

Tal vez me deje. ¡Qué importa! Estoy harto de todo. Cuentas, cuentas. Escribir, escribir. Fracasos, fracasos, ¡fracasos!

Y esta vida que se desliza, armando sus hermosas complicaciones, sus quebraderos de cabeza, como un idiota con un juego de cubos.

¡Tú! ¡Tú que manejas el mundo y das impulso al Universo! Si existes y me estás escuchando, haz el mundo más simple. No creo en nada, pero daría... ¡Cualquier cosa! Si tan solo...

¡Oh, de qué sirve! Ya no me importa nada.

Esta noche llamaré a Jean.

*LUNES por la tarde:*

Bajé para llamar a Jean; quería citarla para el sábado por la noche, Mary estará entonces en casa de su hermana. No me ha dicho que vaya con ella y no seré yo quien hable de ir.

Anoche llamé a Jean, pero la operadora del hotel Stanley dijo que había salido. Supuse que podría encontrarla hoy en su oficina.

Fui al bar de la esquina para buscar el número. A esta altura debería saberlo de memoria, pues la he llamado muchas veces. Pero por algún motivo no me he tomado la molestia de aprenderlo. ¡Qué diablos!, siempre hay alguna guía telefónica a mano.

Trabaja en una revista llamada *Manual del Diseño* o *Manual del Diseñador*, o algo por el estilo. Cosa extraña, tampoco recuerdo eso. Creo que nunca me interesó demasiado.

Sin embargo, recuerdo muy bien dónde está la oficina. Fui a buscarla allí hace unos meses y la llevé a almorzar. Creo que ese día le dije a Mary que iría a la biblioteca.

Ahora, según recuerdo, el número telefónico de su oficina figuraba en la esquina superior derecha de la página derecha de la guía. Lo he buscado muchas veces y allí estuvo siempre.

Hoy no estaba.

Hallé la palabra «manual» y los nombres de varias empresas que comienzan por ella. Pero estaban en la esquina inferior izquierda de la página izquierda: precisamente la opuesta. Y ninguno de los nombres me sonaba conocido. Por lo común, en cuanto veo el nombre de la revista pienso enseguida: «Ésta es» y apunto el número. Hoy no fue así.

Busqué y busqué y hojeé la guía, pero no pude encontrar nada parecido a *Manual del Diseño*. Por último tomé el número de una *Revista del Diseño*, aunque tenía la impresión de que no era ésa la que buscaba.

Y... tendré que terminar más tarde con esto. Mary acaba de llamarme para comer, cenar, qué sé yo. La comida más importante del día, ya que los dos trabajamos por la noche.

*Más tarde:*

La comida estuvo bien. Mary, por cierto, sabe cocinar. Si no fuera por esas discusiones... Me pregunto si Jean sabrá cocinar.

De cualquier modo, la comida me tranquilizó un poco. Lo necesitaba. Estaba bastante nervioso por esa llamada telefónica.

Marqué el número y contestó una mujer.

—Revista del Diseño —dijo.

—Quisiera hablar con la señorita Lane —dije.

—¿Con quién?

—Con la señorita Lane.

—Un momento.

Enseguida supe que ese número estaba equivocado. Hasta ahora, la mujer que atendía el teléfono decía simplemente «bien» y me ponía con Jean.

—¿Puede repetirme el nombre? —preguntó

—Lane. Si no la conoce, debo haber llamado mal.

—Tal vez usted se refiera al señor Pane.

—No, no. La secretaria que me atiende siempre sabe a quién me refiero. He marcado un número equivocado. Discúlpeme.

Corté. Estaba muy irritado. Después de haber buscado tantas veces el número, no tiene nada de divertido.

Y ahora no puedo encontrarlo.

Naturalmente, al principio no me preocupé demasiado.

Pensé que tal vez la guía de ese bar fuera vieja y me llegué hasta la farmacia. Era la misma.

Bueno, tendré que llamar esta noche desde el trabajo. Pero quería hablar con ella esta misma tarde para que no aceptara otro compromiso.

Se me acaba de ocurrir algo. Esa secretaria. Su voz. Era la misma que solía atender en *Manual del Diseño*.

Pero... ¡Oh, estoy soñando!

*LUNES por la noche:*

Llamé al hotel cuando Mary salió de la oficina para traer un poco de café. Le dije a la operadora, como se lo he dicho cientos de veces:

—Quisiera hablar con la señorita Lane, por favor.

—Sí señor, un momento —dijo.

Hubo un largo silencio. Me impacienté. Después volvió a establecerse la comunicación.

—¿Qué nombre me dijo? —preguntó la operadora.

—Lane, la señorita Lane —dije—. La he llamado muchas veces.

—La buscaré otra vez en la lista —dijo.

Esperé un poco más. Ella volvió a hablar.

—Lo siento, pero aquí no hay nadie registrado con ese nombre.

—Pero la he llamado muchas veces.

—¿Está seguro de que marcó bien?

—Sí, sí. Seguro. Es el hotel Stanley, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, con ese número quiero hablar.

—No sé qué decirle —repuso la chica—. Pero estoy segura de que aquí no vive nadie con ese nombre.

—¿Pero si llamé anoche mismo! Usted dijo que no estaba en la casa.

—Lo siento, no recuerdo.

—¿Está segura? ¿Absolutamente segura?

—Bueno, si usted quiere puedo volver a mirar en la lista. Pero no figura nadie con ese nombre, no me caben dudas.

—¿Y no se ha mudado nadie que se llamara así en los últimos días?

—Hace más de un año que no tenemos apartamentos libres. Es muy difícil encontrar apartamentos en Nueva York, como usted sabe.

—Lo sé —respondí, y corté la comunicación.

Volví a mi escritorio. Mary había vuelto del bar y me dijo que se me enfriaba el café. Dije que había llamado a Jim por aquel empleo. Fue una mentira mal pensada. Ahora volverá a empezar con eso.

Tomé el café y trabajé un rato. Pero no tenía noción de lo que estaba haciendo. Me costaba mucho ordenar las ideas.

Tiene que estar en alguna parte, pensaba. Sé que todos los momentos que pasamos juntos no fueron un sueño. Sé que no he imaginado las dificultades que tuve para ocultárselo a Mary. Y sé que Mike y Sally no...

¡Sally! ¡Sally también vivía en el hotel Stanley!

Le dije a Mary que me dolía la cabeza y que saldría a buscar una aspirina.

Ella observó que en el baño de caballeros había algunas y le respondí que esa marca no me gustaba.

¡Me veo envuelto en las mentiras más tontas!

Fui casi corriendo hasta la farmacia más próxima. Naturalmente, no quería volver a utilizar el teléfono de la oficina.

Me atendió la misma operadora.

—¿Está la señorita Sally Norton? —pregunté.

—Un momento, por favor —dijo.

Sentí que el estómago me daba un vuelco. Ella conocía muy bien a los pensionistas habituales. Y hacía por lo menos dos años que Sally y Jean vivían allí.

—Lo siento -dijo—. No tenemos a nadie registrado con ese nombre.

—¡Oh, Dios mío! —gruñí.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—¿Ni Jean Lane ni Sally Norton viven allí?

—¿Es usted la misma persona que llamó hace un momento.

—Sí.

—Escuche, si es una broma...

—¡Una broma! Anoche hablé con usted; me dijo que la señorita Lane había salido y me preguntó si quería dejar recado. Dije que no. Ahora vuelvo a llamar y me dice que ahí no vive nadie con ese nombre.

—Lo siento, no sé qué decirle. Estuve anoche en la centralita, pero no recuerdo lo que usted dice. Si quiere, puedo ponerle con el gerente de la casa.

—No, no se preocupe —dije, y corté.

Marqué entonces el número de Mike, pero no estaba en su casa. Atendió Gladys, la esposa y me dijo que Mike había ido a jugar a los bolos.

—¿Con los muchachos? —dije.

Estaba algo nervioso. De lo contrario no habría cometido ese error. Ella pareció ofendida.

—Bueno, eso espero —respondió.

Empiezo a tener miedo.

*MARTES por la noche:*

Esta noche volví a llamar a Mike y le pregunté por Sally.

—¿Quién?

—Sally.

—¿Qué Sally? —preguntó.

—¿Sabes muy bien qué Sally, pedazo de hipócrita!

—¿Es una broma?

—Puede ser. ¿Qué te parece si lo dejamos?

—Empecemos de nuevo —dijo—. ¿Quién diablos es Sally?

—¿No sabes quién es Sally Norton?

—No, ¿quién es?

—¿Nunca salimos juntos, tú con ella y yo con Jean Lane?

—¿Jean Lane! ¿De qué estás hablando?

—¿Tampoco conoces a Jean Lane?

—No, no la conozco y esto se está poniendo muy feo. No sé qué es lo que pretendes, pero acaba con eso. Los dos estamos casados y...

—¿Escúchame! —grité en el auricular—. ¿Dónde estuviste hace tres semanas, el sábado por la noche?

Guardó silencio por un momento.

—¿No fue la noche en que tú y yo salimos solos, cuando Mary y Gladys fueron al desfile de modas del...?

—¡Solos! ¿No vino nadie con nosotros?

—¿Quién?

—¿Ninguna muchacha? ¿Sally, Jean?

—¡Oh!, empiezas de nuevo —gruñó—. Oye, amigo, ¿qué te duele? ¿Puedo ayudarte?

Me dejé caer contra el tabique de la cabina telefónica.

—No —dije, débilmente—. No.

—¿Te sientes bien? Se te oye más alterado que el diablo.

Corté. Estoy realmente alterado. Me siento como si estuviera muerto de hambre y no hubiese una migaja de comida en el mundo entero.

¿Qué es lo que pasa?

*MIÉRCOLES por la tarde:*

Hay sólo una forma de descubrir si Sally y Jean han desaparecido de veras. Conocí a Jean por intermedio de un compañero de la universidad. Ella es de Chicago, y también mi amigo Dave. Fue él quien me dio su dirección en Nueva York, en el hotel Stanley. Naturalmente, sabía que yo estaba casado.

Después la conocí y salí con ella y Mike con su amiga Sally. Así fue, estoy seguro de que así fueron las cosas.

Hoy escribí una carta a Dave, contándole lo que había ocurrido. Le rogué que verificara los datos en la casa de ella, que me escribiera de inmediato para saber si era una broma o una sorprendente serie de coincidencias. Y tomé mi libreta de direcciones. *El nombre de Dave ha desaparecido de la libreta.* ¿Estaré volviéndome loco? Sé perfectamente que la dirección estaba allí. Recuerdo bien aquella noche, hace varios años, cuando lo anoté cuidadosamente, porque no quería perder contacto con él una vez graduados. Hasta recuerdo que hice una mancha de tinta al escribirla, porque mi estilográfica perdía.

La página está en blanco.

Recuerdo su nombre, su aspecto, su modo de hablar, las cosas que hicimos juntos, las clases a las que asistimos.

Hasta tengo una carta que me envió en las vacaciones de Pascua, mientras yo estaba en la escuela.

Recuerdo que Mike estaba en mi cuarto. Como los dos vivíamos en Nueva York, no teníamos tiempo de viajar hasta casa, porque las vacaciones duraban sólo unos pocos días.

Pero Dave había vuelto a Chicago y desde allí nos envió una carta muy divertida, por correo expreso. Recuerdo que la selló con lacre y estampó en él su anillo por gastarnos una broma.

La carta ha desaparecido del cajón donde siempre estuvo.

Y tenía tres fotografías de Dave tomadas el día de la graduación. Dos de ellas estaban en mi álbum. Todavía están allí.

Pero él no figura.

Son fotografías del recinto, con los edificios como fondo.

Tengo miedo de seguir buscando. Podría escribir a la universidad o llamarlos y preguntar si Dave estudió allí o no.

Pero tengo miedo de hacer la prueba.

*JUEVES por la tarde:*

Hoy fui a Hempstead para ver a Jim. Me llegué hasta su oficina. Se sorprendió mucho al verme entrar. Quiso saber por qué había hecho semejante viaje sólo para visitarlo.

—No me digas que vas a aceptar ese empleo que te ofrecí —dijo.

—Jim —le pregunté—, ¿alguna vez me oíste hablar de una muchacha llamada Jean, que vivía en Nueva York?

—¿Jean? No, creo que no.

—Vamos, Jim. Te la mencioné. ¿No recuerdas la última vez que tú, Mike y yo jugamos al póquer? Ese día te hablé de ella.

—No recuerdo, Bob —dijo—. ¿Qué pasa con ella?

—No puedo encontrarla. Y tampoco puedo encontrar a la muchacha que salía con Mike. Y Mike dice que no las conoce, a ninguna de las dos.

Parecía confuso y volví a contárselo. Entonces dijo:

—¿Qué significa esto? . Dos hombres mayores, ya casados, saliendo con...

—Eran sólo amigas —le interrumpí—. Las conocí por intermedio de un compañero de universidad. No pienses cosas raras.

—Bueno, bueno, basta de eso. ¿Qué tengo que ver yo con ese asunto?

—No puedo encontrarlas. Han desaparecido. Ni siquiera puedo probar que existieron.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué?

Enseguida me preguntó si Mary lo sabía. Pasé eso por alto.

—¿No te mencioné a Jean en ninguna de mis cartas? —le pregunté.

—No podría decírtelo. Nunca guardo las cartas.

Me fui poco después. Jim empezaba a ponerse demasiado curioso. Ahora comprendo; se lo dirá a su esposa y su esposa a Mary. Se armará la gorda.

Esta tarde, mientras iba al trabajo, tuve la horrible sensación de que mi vida era algo provisional. Cuando me senté, fue como apoyarme en el aire.

Creo que debo estar al borde de la crisis. Deliberadamente me llevé por delante a un anciano, para ver si me veía, si sentía mi presencia. Me espetó un gruñido, tratándome de torpe e idiota.

Me sentí agradecido.

*JUEVES por la noche:*

Esta noche, en el trabajo, volví a llamar a Mike para comprobar si recordaba a Dave. El teléfono sonó, pero la comunicación quedó interrumpida. Intervino la operadora, preguntando:

—¿A qué número ha llamado, señor?

Me recorrió un escalofrío. Le di el número y me dijo que no pertenecía a ningún abonado.

El teléfono se me cayó de entre las manos y se estrelló contra el suelo. Mary se levantó del escritorio, mirándome. La operadora repetía: «Diga, diga, diga...» Me apresuré a poner el auricular en la horquilla.

—¿Qué pasó? —preguntó Mary cuando volví a mi escritorio.

—Solté el teléfono —dije.

Me senté a trabajar, temblando de frío.

Tengo miedo de hablarle a Mary de Mike y de su esposa Gladys. Tengo miedo de oírle decir que nunca oyó hablar de ellos.

*VIERNES:*

Hoy comprobé lo de *Manual de Diseño*. En Información me dijeron que en los registros no figuraba ninguna publicación con ese nombre. Pero de cualquier modo fui al centro. Mary se enojó por eso, pero tenía que ir.

Fui hasta el edificio. Me fijé en la lista del vestíbulo. Sabía ya que la revista no figuraba allí, pero, de cualquier modo, el impacto me hizo sentir vacío y descompuesto.

Mareado, subí en el ascensor. Me sentía como si me alejara de todo.

Bajé en el tercer piso, en el lugar exacto donde fui a buscar a Jean aquella tarde.

Allí había una compañía textil.

—¿Antes no había aquí una revista? —pregunté a la recepcionista.

—Que yo sepa, no —respondió—. Pero hace sólo tres años que trabajo aquí.

Volví a casa. Le dije a Mary que estaba enfermo y que no iría a trabajar esta noche. Dijo que en ese caso tampoco ella iría. Fui al dormitorio para estar solo.

Me detuve en el sitio donde vamos a poner la cama nueva cuando la entreguen, la semana próxima.

Mary entró y se detuvo en la puerta, inquieta.

—Bob, ¿qué te pasa? —preguntó—. ¿No tengo derecho a saberlo?

—Nada —le dije.

—¡Oh, por favor!, no me digas eso. Sé que te pasa algo.

Di un paso hacia ella, pero me volví:

—Tengo..., tengo que escribir una carta —le dije.

—¿A quién?

Le eché una mirada de indignación.

—Eso es cosa mía —repuse.

Pero enseguida le dije que era para Jim.

—¡Ojalá pudiera creerte! —dijo.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

Ella me miró por unos cuantos segundos y me volvió otra vez la espalda.

—Dale a Jim mis saludos —dijo, con voz temblorosa.

La forma en que lo dijo me provocó un estremecimiento.

Me senté a escribir a Jim, pensando que podría servirme de algo. Las cosas estaban demasiado mal para andarse con secretos. Le conté que Mike había desaparecido. Le pregunté si lo recordaba.

Cosa extraña: mi mano apenas temblaba. Tal vez sea así cuando uno está a punto de desaparecer.

### *SÁBADO:*

Hoy Mary tuvo que hacer unos trabajos especiales y se marchó temprano. Después del desayuno tomé la libreta de ahorros de la caja metálica que guardamos en el armario del dormitorio; pensaba ir al banco a retirar el dinero para la cama.

Ya en el banco, llené una nota de reintegro por 97 dólares. Después esperé en la cola hasta que me llegó el turno de entregar al cajero la nota y la libreta.

Al abrirla, levantó la vista frunciendo el ceño.

—¿Quiere hacerse el gracioso? —dijo.

—¿Cómo, el gracioso?

Me devolvió la libreta a través del mostrador.

—El siguiente —dijo.

Creo que grité:

—¿Por qué no me atiende?

Por el rabillo del ojo vi que uno de los hombres sentados en los escritorios de enfrente se levantaba de un salto y se acercaba deprisa. Una mujer, a mi espalda, dijo:

—Déjeme pasar a la ventanilla, por favor.

El hombre se aproximó muy preocupado.

—¿Cuál es su problema, señor? —me preguntó.

—El cajero se niega a aceptar mi libreta de ahorros —le dije.

Me pidió la libreta y se la di. La abrió. Levantó la vista, asombrado.

—Esta libreta está en blanco —dijo, sin alzar la voz.

Se la arrebaté para mirarla: el corazón me golpeaba el pecho. Estaba completamente en blanco.

—¡Oh, Dios mío! —gemí.

—Tal vez podamos verificar el número de la libreta —observó el hombre—. ¿Por qué no se acerca hasta mi escritorio?

Pero la libreta no tenía número alguno. Lo vi; sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—No —dije—. No.

Pasé a su lado y me dirigí hacia la puerta.

—Un momento, señor— le oí decir.

Salí corriendo y corriendo llegué hasta casa.

Me senté en el cuarto delantero, a esperar a Mary.

Todavía estoy esperando.

Tengo ante los ojos la libreta de ahorros. Veo el sitio donde ambos pusimos nuestras firmas. Los espacios donde hicimos nuestros depósitos. Cincuenta dólares, regalo de sus padres en nuestro primer aniversario. Doscientos treinta dólares por mi seguro de veterano. Veinte dólares. Diez dólares.

Todo está desapareciendo. Jean. Sally. Mike. Los nombres se desvanecen y con ellos la gente.

Ahora, esto. ¿Y después?

*Más tarde:*

Ya lo sé.

Mary no ha vuelto a casa.

Llamé a la oficina. Atendió Sam y le pregunté si Mary estaba allí. Dijo que debía haberme equivocado, que allí no trabajaba ninguna Mary. Le di mi nombre, y le pregunté si yo trabajaba allí.

—Déjate de tonterías —dijo—. Hasta el lunes a la noche.

Llamé a mi primo, a mi hermana, a su prima, a su hermana, a sus padres. No hay respuesta. Ni siquiera suena el teléfono. Ninguno de los números funciona. Eso significa que todos han desaparecido.

*DOMINGO:*

No sé qué hacer. Me he pasado el día sentado en la sala, mirando hacia la calle. Quería ver si algún conocido pasa por aquí. Pero todos me son extraños.

Tengo miedo de salir. Esta casa es todo lo que me queda. Nuestros muebles, nuestra ropa.

Es decir, *mis ropas*. Su ropero está vacío. Lo comprobé esta mañana, cuando me desperté; no hay siquiera una hilacha. Es como una prueba de magia; todo desaparece. Es como... Acabo de soltar una carcajada. Debe ser...

Llamé a la tienda de muebles; está abierta los domingos por la tarde. Dicen que no tienen anotada ninguna compra a nuestro nombre. Preguntaron si quería ir a verificarlo.

Corté y seguí mirando por la ventana.

Pensé en llamar a mi tía, la de Detroit. Pero no puedo recordar el número. Y ya no figura en mi libreta de direcciones. Toda la libreta está en blanco, con excepción de mi nombre, estampado en oro en la tapa.

Mi nombre. Sólo mi nombre. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer? ¿Es todo tan simple...? No queda *nada* por hacer.

He estado mirando mi álbum de fotografías. Casi todas están cambiadas. En ellas no queda ninguna persona.

Mary ha desaparecido y todos nuestros amigos y nuestros parientes.

Es extraño.

En la fotografía de bodas estoy sentado solo ante una mesa enorme cubierta de comida. Tengo el brazo izquierdo extendido y arqueado, como si estuviera abrazando a mi novia. Y a lo largo de la mesa se ve una serie de copas suspendidas en el aire.

Brindando conmigo.

*LUNES por la mañana:*

Acabo de recibir de vuelta la carta que le envié a Jim. En el sobre, un sello estampado con la frase: DIRECCIÓN INEXISTENTE.

Traté de alcanzar al cartero, pero no pude. Se fue antes de que yo reaccionara. Previamente había ido al almacén. Él me conoció, pero cuando le hablé de Mary me dijo que no bromeara. Que yo moriría soltero y los dos lo sabíamos.

Sólo me queda una idea. Es un riesgo pero tendré que correrlo. Debo dejar la casa e ir al centro, a la Administración de Reservistas. Quiero ver si mi expediente figura

allí. Si está allí, habrá algunos datos sobre mis estudios, mi casamiento y la gente que conocí.

Llevaré este cuaderno conmigo. No quiero perderlo. Si lo perdiera, no quedaría en el mundo una sola prueba de que no estoy loco.

*LUNES por la noche:*

La casa ha desaparecido.

Estoy sentado en el bar de la esquina.

Al regresar de la Administración de Reservistas encontré allí un terreno vacío. Algunos niños andaban jugando y les pregunté si me conocían. Dijeron que no. Les pregunté qué había pasado con la casa. Dijeron que han jugado en ese baldío desde que eran bebés.

En la Administración de Reservistas no tenían expedientes míos. Nada.

Eso significa que yo no soy ni siquiera una persona. No tengo sino esto, mi cuerpo y las ropas que llevo puestas. Todos los documentos de identificación han desaparecido de mi billetera.

También mi reloj ha desaparecido. Así, sin más. De mi muñeca.

Tenía una inscripción en el dorso. La recuerdo bien.

«A mi amor, con todo cariño. Mary.»

Estoy tomando una taza de café